

## EDITORIAL

# Ha disminuido la mendicidad

**H**ACE apenas algunos meses, la prensa cotidiana levantaba su insistente clamor pidiendo que las autoridades redoblaran sus esfuerzos para evitar el triste espectáculo de la mendicidad en las calles y lugares públicos. Legiones de menesterosos,—hombres, mujeres y niños,—todos ellos harapientos, mugrosos y adoptando actitudes implorativas de supremo desamparo abrumaban la paciencia de la gente pidiendo limosna. Y lo más lamentable y peligroso de tal situación era que al auspicio de ella se estaba desarrollando, de manera galopante, el vicio de la falsa mendicidad, que era como el nuevo *modus vivendi* de mucha gente del hampa, amiga de la holgazanería y la vagancia. No había duda de que este género de explotación de nuevo cuño era insospechadamente lucrativo, fácil y nada arriesgado, porque luego se sumó infinidad de falsos mendigos a los primeros descubridores del negocio, y, lo que era peor y más triste aún, muchos de estos degeneradores morales y mentales, lanzaban a sus pequeños hijos a pedir limosna por las calles desgarrándoles previamente los vestidos y enseñándoles voces implorativas y muecas de aflicción para que tuvieran mayor éxito,—¡y ay del niño que volviera a sus explotadores con las manitas vacías de dinero! El producto del trabajo infantil era, generalmente, para alimentar la embriaguez alcohólica de aquellos hombres y mujeres. . . .

Ante esta situación tan inquietante, y siempre atento el Gobierno a escuchar la voz orientadora de la prensa seria, la prensa que no vive del escándalo, ni de la calumnia ni del patriotismo rimbombante, sino de su función verdadera y útil, inmediatamente dispuso, por medio de las autoridades de Beneficencia y Gobernación, que se llevara a cabo una campaña de saneamiento contra la falsa mendicidad, a la vez que se les encomendaba resolver el problema de los verdaderos inválidos que inundaban las vías públicas pidiendo ayuda. Desde ese momento se inició una intensa labor en el sentido indicado, la cual no cesó durante varios meses, combatiendo

por un lado la vagancia mendicante y re-  
cluyendo, por otro, a los verdaderos nece-  
sitados de asilo, de pan y medicinas, hasta  
conseguir que ambos males se redujeran  
al mínimo en que hoy se encuentran.

Por otra parte, las autoridades observaron que la antigua costumbre de licenciar cada domingo primero de mes a los inválidos reclusos en los asilos, a fin de que éstos salieran a distraerse o a pasar el día junto a sus familiares, comenzaba ya a dar pésimos resultados, pues muchos de ellos, abusando de esta benevolencia, regresaban al asilo hasta después de muchos días de ausencia, durante los cuales se habían dedicado a pedir limosna muchas veces para embriagarse y cometer otras faltas. Esto, desde luego, no sólo contribuía a hacer desagradables nuestras ciudades en lo moral y en lo social, sino que, también, hacía cundir el mal ejemplo entre la clase maleante, la cual muy pronto advirtió que bien se podía pasar una vida regalada y aún dedicarse al vicio, sin otro esfuerzo que pedir limosna por las calles presentando el peor aspecto posible.

En la actualidad, puede decirse que casi no hay mendigos por las calles, si se toma en cuenta el inmenso número que aún hace poco tiempo inundaba las vías públicas. Los asilos han recogido ya a todos los menesterosos que pueden contener y alimentar, siendo necesario que los centros benéficos en referencia hagan extraordinarios esfuerzos económicos para que todos sus reclusos obtengan siempre servicios eficientes y satisfactorios. Por otra parte,—y sin duda es esto lo más efectivo del caso,—los licenciamientos dominicales de los asilos han sido suprimidos, evitándose así, radicalmente, el mal aspecto que aquellos seres dan a la ciudad, las molestias a la gente trabajadora, y, de manera particular, el mal ejemplo que fácilmente cunde ocasionando serios brotes de vagancia profunda, inmoral y dañina. El Gobierno está satisfecho de este resultado, pero, no habiendo desaparecido el mal, espera mejorar de situación para hacer una obra más completa y generosa.